

ARTÍCULO

Revisión histórica para la construcción de la identidad hispanoamericana en el pensamiento de Juan José Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos

Historical reinterpretation and Hispano-American identity in the thought of Juan José Hernández Arregui and Jorge Abelardo Ramos

Micaela Sánchez

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina



Resumen

Este artículo analiza la revisión histórica desarrollada por Juan José Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos en torno a la conquista y los procesos de independencia, en el marco de una reinterpretación hispanoamericanista orientada a recuperar una conciencia histórica regional. Ambos autores dialogan críticamente con el discurso de la Leyenda Negra y con su rectificación, sin reproducir sus simplificaciones. Reconocen la violencia y la explotación del período colonial y cuestionan el valor práctico de las Leyes de Indias debido a su escasa aplicación. No obstante, contextualizan y relativizan dicha violencia al compararla con las prácticas de otras potencias coloniales y al situarla en el marco más amplio de la expansión capitalista europea. En su interpretación, el legado hispánico configuró una unidad territorial, administrativa y cultural que hizo posible la cohesión continental y que, a través del mestizaje, dio lugar a la emergencia de una

Abstract

This article analyzes the historical revision developed by Juan José Hernández Arregui and Jorge Abelardo Ramos concerning the conquest and the independence processes, within the framework of a Hispano-Americanist reinterpretation aimed at recovering a regional historical consciousness. Both authors critically engage with the discourse of the Black Legend and with its historiographical revision, without reproducing its simplifications. They recognize the violence and exploitation of the colonial period and question the practical value of the Laws of the Indies due to their limited application. At the same time, they contextualize and relativize this violence by comparing it with the practices of other colonial powers and by situating it within the broader framework of European capitalist expansion. In their interpretation, the Hispanic legacy configured a territorial, administrative, and cultural unity that made continental cohesion possible and that,

identidad singular. Asimismo, cuestionan la lectura liberal de las independencias, a las que interpretan como una ruptura con el absolutismo y no con la tradición hispánica, vinculándolas con la crisis española. A partir del análisis de las principales obras de ambos autores, este trabajo establece conexiones con otros discursos historiográficos como la Leyenda Negra y su revisión, y contribuye a comprender el hispanoamericanismo como una dimensión central del pensamiento de estos autores de la izquierda nacional.

through mestizaje, gave rise to the emergence of a singular identity. Likewise, they question the liberal reading of the independence processes, which they interpret as a rupture with absolutism and not with the Hispanic tradition, linking them to the Spanish crisis. On the basis of the analysis of the main works of both authors, this study establishes connections with other historiographical discourses such as the Black Legend and its historiographical revision, and contributes to understanding Hispano-Americanism as a central dimension of the thought of these authors of the Argentine National Left.

Palabras clave: *hispanoamericanismo; revisión histórica; Juan José Hernández Arregui; Jorge Abelardo Ramos; Leyenda Negra.*

Keywords: *Hispano-Americanism; historical revision; Juan José Hernández Arregui; Jorge Abelardo Ramos; Black Legend.*

Introducción

Este artículo examina la lectura historiográfica elaborada por Juan José Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos, orientada a fundamentar una identidad hispanoamericana y un proyecto de integración regional. Ambos autores desarrollan una revisión crítica de ciertos elementos presentes en la historiografía liberal, particularmente aquellos vinculados a la Leyenda Negra y a la fragmentación de una perspectiva regional en historiografías localistas. Desde su perspectiva, estas corrientes historiográficas han operado como instrumentos de dominación cultural, obstaculizando la construcción de una conciencia histórica común en Hispanoamérica. Frente a ello, proponen una relectura del pasado que reivindica los elementos culturales compartidos como base de una identidad regional capaz de sustentar un proyecto de integración continental. A partir del análisis de obras como *Imperialismo y cultura* (1957), *La Formación de la conciencia nacional* (1960), *¿Qué es el ser nacional?* (1963) y *Nacionalismo y Liberación* (1969) de Hernández Arregui, y *Revolución y contrarrevolución en la Argentina: Las masas y las lanzas* (1957), *Historia de la nación latinoamericana* (1968) e *Introducción a la América criolla* (1985) de Ramos, se abordan sus interpretaciones sobre la conquista y la colonización, el periodo hispánico y los procesos de independencia.

En el plano historiográfico, Hernández Arregui critica a la izquierda tradicional por carecer de raíces nacionales y considera a las masas como las realizadoras del destino nacional (Caruso, 2021, p. 209). Por su parte, Ramos combina el marxismo trotskista con el nacional-popular, identificando a la clase obrera como la protagonista de la unidad continental (Fiebelkorn, 2013, pp 3, 14 y 15). Ambos autores convergen en una revisión histórica desde una perspectiva hispanoamericana, la cual constituye el objeto central de análisis en este artículo. Dicho enfoque, como señala Maíz (2003), da base a una propuesta orientada a configurar una nacionalidad subcontinental a partir de la recuperación del legado hispánico como base para la integración regional. Si bien ha sido objeto de críticas por su escasa atención a las particularidades locales o las culturas indígenas (Liaudat, 2024), en el pensamiento de Hernández Arregui y Ramos el hispanoamericanismo se presenta como una herramienta fundamental para superar la fragmentación regional y la condición semicolonial. Desde esta perspectiva, la unidad cultural hispanoamericana —sustentada principalmente en elementos culturales compartidos de origen español— constituye un fundamento identitario sobre el cual articular un proyecto de integración regional con un propósito emancipador.

Esta perspectiva se refleja en la terminología empleada por los autores para denominar la región, donde predomina la referencia al legado español. Hernández Arregui critica el concepto de “América Latina” y prefiere términos como América Hispánica o Ibero América (Hernández Arregui, 1972, pp. 34-35). Aunque considera a “Indoiberia” la denominación más adecuada por condensar la fusión de razas y culturas precolombinas y europeas, declara que opta por utilizar “América hispánica o Hispanoamérica” (o América

Ibérica o Iberoamérica al incluir a Brasil) dado que la categoría “América Latina”, creada en Europa y usada por Estados Unidos, resulta falsa y disfraza una colonización mental (Hernández Arregui, 1972, pp. 5-6).

En sintonía con esta preferencia terminológica, Ramos (2006) también emplea los términos “Hispanoamérica” y “América hispánica” para destacar la matriz de origen cultural, lingüística y jurídica de la región durante el periodo colonial (p. 102). A esta región se la denomina “Nación hispano-criolla”, un territorio unido por el Rey y “creado en realidad por la monarquía española” (2006, p. 15). En contexto revolucionario, y siguiendo la tradición española, las juntas se propagaron en toda “Hispanoamérica” (2006, p. 123). Pese a esto, la “Nación hispano-criolla” se fragmentó (2006, p. 15), frustrando el objetivo original de la guerra de independencia, que era conservar la unidad de la “América Hispánica” (2006, p. 136). El autor recurre también al concepto de “Patria Grande” (Ramos, 1982, p. 100) para designar este ideal de unidad regional, que busca reconstruir la “Nación Latinoamericana” y superar la fragmentación de “América latina” (2006, pp. 15 y 398).

Esta investigación se inscribe en una línea de estudios que aborda la construcción de la identidad hispanoamericana en articulación con los proyectos de integración regional. En un trabajo previo (Sánchez, 2017), se analizó cómo Jorge Abelardo Ramos y Juan José Hernández Arregui retomaron elementos culturales españoles en función de la construcción de una identidad regional compartida, articulada a un proyecto político de integración hispanoamericana. En cuanto al estado de la cuestión, la producción historiográfica sobre Hernández Arregui y Ramos ha abordado distintas dimensiones de su pensamiento, aunque con enfoques parciales. Estudios como los de Tcherkaski Legrand (2011), Fiebelkorn (2013) y Roland (2016), y Caruso (2021), se han centrado en sus interpretaciones del pasado argentino y latinoamericano, pero sin profundizar en el componente hispanoamericanista de sus propuestas. Por su parte, Galasso (2012) y Piñeiro (2013) destacaron el papel de Hernández Arregui en la crítica a la Leyenda Negra, sin examinar cómo la obra del autor dialoga con la revisión de ese discurso para construir su interpretación historiográfica.

Por otra parte, Sannen Mazzucco (2017) analiza cómo Hernández Arregui postula el mestizaje como eje articulador de la identidad cultural hispanoamericana y examina su interpretación de las causas de los procesos independentistas. En relación con Ramos, no se han identificado estudios que aborden específicamente su perspectiva hispanoamericanista, aunque contribuciones como las de Pestanha (2014) resultan relevantes. Este autor reflexiona sobre la construcción de una identidad mestiza en el marco del pensamiento nacional, destacando el vínculo entre conquista y mestizaje, así como una lectura historicista de la Revolución de Mayo, y para ello incorpora en su análisis los aportes de Ramos y de Hernández Arregui.

A pesar de estos valiosos aportes, persisten vacíos significativos en el estudio del hispanoamericanismo y sus vínculos con la revisión histórica en el pensamiento de estos autores de la izquierda nacional. Este trabajo busca aportar al análisis de sus interpretaciones sobre la conquista, el período colonial y los procesos de independencia, entendiendo la revisión histórica como fundamento para la construcción de una identidad hispanoamericana.

El artículo se organiza en tres apartados. En primer lugar, se abordan los fundamentos culturales que, según Hernández Arregui y Ramos, permiten articular una identidad hispanoamericana común. Asimismo, se exponen sus críticas a dos interpretaciones historiográficas dominantes: por un lado, las historiografías localistas promovidas por las oligarquías, que desvían la atención de una perspectiva regional y omiten el periodo hispánico; y por otro, la Leyenda Negra, que actúa como un discurso que denigra las raíces culturales españolas, presente también en las historiografías nacionales. Según los autores, estos discursos funcionan como herramientas de dominación cultural a través del aparato de colonización pedagógica. Ignorar este legado, sostienen, oculta las raíces culturales españolas que constituyen la base de la nacionalidad hispanoamericana.

En el segundo apartado, se examina la revisión de la conquista y la colonización, así como del periodo español. Se evidencia que los autores ofrecen una visión de la conquista que revisa y dialoga con la Leyenda Negra y también con su rectificación. Los autores se orientan a superar la polarización de ambas versiones, aportando una lectura que reconoce las contradicciones del periodo español en América. Su principal aporte es valorar la cohesión cultural, territorial y lingüística que, entienden, se desarrolló durante esa etapa.

En el tercer apartado se analiza la lectura hispanoamericanista que los autores hacen de los procesos de independencia, los cuales interpretan como una ruptura con el absolutismo y no con la tradición cultural

española. En esta línea, enmarcan las independencias en una continuidad con los acontecimientos políticos ocurridos en España y señalan la simultaneidad de los movimientos emancipatorios en el continente. El fin de esta lectura es entender las causas subyacentes de la fragmentación territorial de lo que consideran un territorio culturalmente integrado. De este modo, los tres apartados buscan mostrar cómo los autores revalorizan a América Hispánica como una entidad culturalmente integrada, tanto en su etapa colonial como en los procesos de independencia.

La revisión histórica como herramienta para recuperar la conciencia de la unidad cultural hispanoamericana

Ambos autores sostienen que la unidad cultural hispanoamericana, forjada históricamente en torno a elementos como la lengua, la religión, las instituciones y las costumbres heredadas de España, configura un sustrato identitario común que trasciende las divisiones territoriales surgidas tras las independencias. Esta unidad cultural actúa como un contrapeso frente a la diversidad política y geográfica del continente, y se presenta como una herramienta fundamental para consolidar la integración regional. En esta línea, Hernández Arregui afirma que articular vínculos entre los países latinoamericanos resulta una condición necesaria para enfrentar a las oligarquías aliadas al imperialismo (1972, p. 208), mientras que Ramos propone la conformación de una confederación de Estados latinoamericanos como vía para superar la fragmentación heredada del proceso independentista y restituir la unidad de la nación latinoamericana (2006, pp. 391-392). Así, para ambos, la cultura hispanoamericana constituye un pilar fundamental para la unificación regional y para la resistencia frente a la opresión imperialista.

Desarrollando este planteo, Ramos argumenta que la expansión del castellano y la institucionalización de estructuras comunes durante el periodo colonial condujo a un desdoblamiento de España en una nueva entidad histórica: la nación iberoamericana. Elementos como la lengua, el territorio, la psicología colectiva y la religión conforman, en conjunto, los pilares de lo que denomina una “nación integrada” (2006, p. 102). En consecuencia, sostiene que la unidad política del continente es el corolario de esa identidad cultural compartida. Así lo expresa:

La primera y más radical manifestación de la aparición de una cultura propia es la afirmación de una conciencia nacional. [...] La realización de la unidad política latinoamericana será el corolario natural de nuestra época y el nuevo punto de partida para un desarrollo triunfal de la cultura americana, nutrida en su suelo y, por eso mismo, universal. (Ramos, 2023, p. 93)

Ramos además sostiene que la desintegración del espacio latinoamericano tras las independencias dio lugar a las llamadas “patrias chicas”, lo que impidió la consolidación de una nación continental: “Somos un país porque no pudimos integrar una nación y fuimos argentinos porque fracasamos en ser americanos” (2006b, p. 17). Esto resulta, de acuerdo al autor, en la pérdida del carácter nacional y de la conciencia latinoamericana, generando una vulnerabilidad ante el imperialismo al debilitar el sentido de unidad regional (Ramos, 2006b, pp. 17-18). De manera similar, Hernández Arregui caracteriza las fronteras nacionales como construcciones artificiales que resultan funcionales a los intereses de las oligarquías y que no reflejan la profunda conexión cultural que existe en la región (1972, pp. 38 y 229).

La balcanización se sostiene, según los autores, sobre un relato historiográfico que impone una visión fragmentaria del pasado, centrada en las historias nacionales, lo cual ha contribuido a debilitar los vínculos entre los países y a erosionar la percepción de la unidad cultural hispanoamericana. Esta lectura de la historia se enmarca en lo que se denomina colonización pedagógica, un mecanismo de imposición cultural que desfigura la percepción de la realidad latinoamericana y dificulta el desarrollo de una conciencia de un pasado común y de una solidaridad regional (Pestanha y Bonforti, 2014, p. 156).

En ese sentido, Ramos señala que las historiografías localistas facilitaron la difusión de una mirada europeísta sobre América Latina, promovida por las oligarquías aliadas al imperialismo: “La misma historia escrita de América Latina se había disuelto en veinte versiones localistas imposibles de entender por separado. Así, las nuevas generaciones del continente se adaptan a una versión europea de su propia historia, escrita por los letrados de la factoría semicolonial” (Ramos, 2006, p. 324). Argumenta que esta perspectiva da por resultado una comprensión fragmentada y parcial de la historia, ya que omite rastrear los orígenes históricos compartidos entre los países latinoamericanos, sin considerarlos como partes de una nación desmembrada (Ramos, 2006, p. 15).

Analizando el caso argentino, Hernández Arregui coincide en señalar que estos enfoques fueron funcionales a los intereses de una oligarquía aliada a Inglaterra (2011, p. 54). Observa que esta versión

del pasado condujo a un rechazo sistemático de los elementos culturales de origen español, reforzando la Leyenda Negra (Hernández Arregui, 1970, p. 63). Asimismo, fija el inicio de la historia nacional en 1810, desarticulando los vínculos históricos con el periodo hispánico: “El país empieza en 1810. Desligar estos pueblos de su largo pasado ha sido una de las graves desfiguraciones históricas de la oligarquía militarista que aquilató el poder en 1853” (Hernández Arregui, 1972, p. 27).

Para comprender el trasfondo de esta crítica, es necesario considerar brevemente cómo la historiografía ha interpretado la conquista, la colonización y el periodo colonial, generalmente a partir de dos relatos contrapuestos: la Leyenda Negra y su posterior rectificación. La Leyenda Negra destacó la violencia ejercida por los conquistadores, retratándolos como violentos saqueadores y representando a los pueblos originarios como víctimas indefensas de un sistema de opresión (Sepúlveda, 2005, p. 227). En esta visión, la colonización fue un proceso destructivo con rasgos genocidas, en el que incluso la evangelización y la educación impulsadas por la Corona y la Iglesia se entienden como formas de imposición cultural mediante mecanismos coercitivos (Liaudat, 2024, p. 166).

Frente a esta interpretación, se desarrolló una rectificación de la Leyenda Negra orientada a desarticular las representaciones negativas del accionar español en América. Los defensores de esta perspectiva destacaron el carácter civilizador de la colonización, afirmando que la Corona buscó proteger a los pueblos indígenas a través de las Leyes de Indias, y que los abusos cometidos fueron producto de la debilidad humana, no de una política deliberada. Sin embargo, esta visión puede derivar en una forma de Leyenda Rosa que, al igual que la Leyenda Negra, incurre también en simplificaciones e imprecisiones historiográficas (Sepúlveda, 2005, pp. 228-230). Esta perspectiva reivindicó el legado hispánico como fundamento de una unidad cultural compartida —sustentada en la lengua, la religión, las instituciones y el mestizaje—, y destacó la especificidad de la experiencia hispanoamericana en contraste con la colonización anglosajona, donde la mezcla fue mucho menor ya que prevaleció un modelo segregacionista (Liaudat, 2024, p. 164).

Hernández Arregui y Ramos critican tanto la Leyenda Negra como su contraparte, la Leyenda Rosa, por considerarlas versiones simplificadas del proceso colonial. Ramos cuestiona ambas perspectivas por ofrecer interpretaciones parciales y distorsionadas de la colonización española en América. Señala que la primera —difundida por potencias como Inglaterra y Holanda— se centra en denunciar la violencia española, mientras ocultaban prácticas igualmente cruentas llevadas a cabo por otros imperios europeos. En sentido opuesto, advertía que la Leyenda Rosa idealiza el dominio español al presentarlo como una empresa civilizadora, sin atender a las contradicciones internas de la economía imperial ni a los mecanismos concretos de explotación aplicados en el continente (Ramos, 2006, pp. 81-82). En sintonía, Hernández Arregui también reclama una revisión crítica del periodo colonial que supere tanto la visión antiespañola como la interpretación misional que presenta la conquista como una cruzada religiosa (1972, p. 39). En este marco, caracteriza a la Leyenda Negra como un instrumento ideológico al servicio del imperialismo británico, destinado a desacreditar la herencia española mediante la difusión de una imagen degradada de España (1972, pp. 28-29).

Hernández Arregui sostiene que revisar críticamente el pasado es una condición indispensable para fortalecer la conciencia histórica iberoamericana, debilitada por la adopción de miradas europeizantes que distorsionan la identidad hispanoamericana. Señala: “[...] la revisión del pasado es el comienzo del rescate de la conciencia histórica enferma, esto es, antinacional, de generaciones íntegras de argentinos, inclinados a pensar contra el país a través de idolatrías y mitos históricos y culturales inducidos por Europa y que han contrarrestado y contrarrestan la formación de la conciencia nacional iberoamericana” (Hernández Arregui, 2011, p. 71).

En un contexto signado por la fragmentación territorial del continente en múltiples naciones, propone reemplazar los nacionalismos ficticios heredados de la independencia por una conciencia de carácter continental: “Iberoamérica reúne las condiciones de una nación integral. Y el falaz nacionalismo de las repúblicas, sin existencia propia, auspiciado desde afuera, será sustituido por la conciencia histórica de la nación iberoamericana” (Hernández Arregui, 1972, p. 38). En este marco, plantea construir, a través de la revisión histórica, un nacionalismo iberoamericano que recupere el pasado común y permita proyectar una identidad unificada, asentada en una conciencia histórica compartida. En sus palabras: “Únicamente es legítimo hablar de un nacionalismo iberoamericano, apto para restituírnos nuestro pasado y abrirnos a un porvenir de grandeza” (Hernández Arregui, 1972, p. 23).

En síntesis, Hernández Arregui y Ramos identifican en la herencia cultural española el principal

fundamento de una “nación integrada”. Sin embargo, la unidad cultural se encuentra debilitada por la fragmentación política impuesta luego de las independencias y sostenida por historiografías nacionales que priorizan una perspectiva localista por sobre una continental. Los autores advierten que la unidad cultural hispanoamericana ha sido deliberadamente distorsionada por las interpretaciones historiográficas promovidas por las oligarquías locales, que han obstaculizado el desarrollo de una conciencia regional ocultando el pasado hispanoamericano común.

Frente a este panorama, la revisión del pasado desde una perspectiva hispanoamericanista constituye una herramienta fundamental para restablecer la conciencia histórica iberoamericana y proyectar una identidad común que impulse la integración regional. Los autores proponen una lectura crítica del periodo colonial que supere las simplificaciones de la Leyenda Negra y de la Leyenda Rosa, reconociendo tanto las contradicciones del dominio español como los elementos que contribuyeron a la unidad cultural. Estas cuestiones se abordarán con mayor detalle en el siguiente apartado.

Revisión del periodo colonial: construcción de la unidad cultural hispanoamericana

Los autores abordan el periodo colonial como una etapa fundamental, en tanto introdujo elementos de cohesión: unidad territorial, administrativa, lingüística y cultural en América. Ramos sostiene que, previo a la llegada de los europeos, el continente presentaba una marcada fragmentación étnica y lingüística, con comunidades frecuentemente enfrentadas e incomunicadas entre sí (Ramos, 2006, pp. 54–55). En este marco, el imperio español desempeñó un papel histórico unificador que posibilitó la emergencia de una nacionalidad hispanoamericana. Como afirma Ramos: “basta señalar las distancias, las lenguas y las culturas que separaban a las dos grandes civilizaciones americanas para comprender el papel histórico unificador que desempeñaron los españoles desde el punto de vista de la creación de una nacionalidad” (Ramos, 2006, p. 66). En esta línea, sostiene que la llegada de los españoles permitió que el continente adquiriera conciencia de sí mismo, dado que hasta entonces permanecía aislado tanto internamente como respecto del resto del mundo. En su interpretación, los conquistadores no encontraron una nación preexistente, motivo por el cual caracteriza la conquista como un proceso de “nacionalización de las Indias” (Ramos, 2006, pp. 54 y 71).

Al igual que Ramos, Hernández Arregui valora el centralismo impuesto por la monarquía española por desempeñar un papel fundamental en la cohesión política, administrativa y cultural de los territorios americanos, articulando una unidad pese a las vastas distancias geográficas: “El centralismo español se trasladó a América y fue el factor aglutinante que unificó la América hispánica. La misma unidad de la legislación indiana, que se aplicó en toda América, es el halo jurídico de la concordancia política, administrativa y cultural” (1972, p. 47). El autor sostiene que, si bien el mestizaje implicó la confluencia de diversos legados culturales, el componente español ocupó un lugar central en la configuración de la identidad hispanoamericana, actuando como eje estructurador del proceso de mestizaje: “El hecho real es que el elemento configurador de la cultura americana fue español” (Hernández Arregui, 1972, p. 183). Asimismo, el autor señala que las cualidades hispánicas, al ser trasplantadas al nuevo mundo, se modificaron configurando una identidad nueva: “[...] pero tales cualidades hispánicas, aquí modificadas [...] dejaron de ser españolas para hacerse hispanoamericanas” (Hernández Arregui, 1970, p. 256).

En esta misma línea, siguiendo al autor, las instituciones y la cultura hispánicas fueron moldeadas por las condiciones locales, dando lugar a una identidad singular: “[...] al trasplantar sus instituciones al nuevo mundo, al mismo tiempo las modificó bajo las influencias plásticas del medio” (2005, p. 245). Hernández Arregui describe este contacto como un “choque contundente con una civilización superior”, es decir, la española, que no borró los elementos culturales originarios, sino que los transformó e integró al “núcleo vital español”. En sus palabras: “El elemento indio, en nuestra cultura, existe. Pero notablemente transformado por el choque con una civilización superior, por el remodelamiento lingüístico [...] por contactos sucesivos [...] asimilados al núcleo vital español, que se mantuvo intacto, aunque absorbiendo elementos exógenos y adaptándose a las peculiaridades de cada región” (Hernández Arregui, 2005, p. 244). De este modo, el autor sugiere que el “choque con una civilización superior” no fue únicamente una imposición forzada de una cultura sobre otra, sino también un proceso dinámico de transformación donde los elementos indígenas resignificaron el “núcleo vital español”, configurando así una identidad hispanoamericana singular.

En este sentido, el mestizaje dio lugar a una cultura hispanoamericana distinta tanto de la europea como

de las originarias. Para explicar este proceso, Hernández Arregui afirma que “el español en América, a diferencia de otros pueblos europeos, deja de serlo” (1972, p. 36), destacando así la capacidad adaptativa del “núcleo hispánico”. Atribuye esta particular condición a la historia de España, modificada por sus contactos con Oriente, el mundo árabe y judío, lo que le confirió una “idoneidad civilizatoria” para interactuar con las culturas indoamericanas: “España [...] estaba especialmente dotada para su acomodamiento con la cultura originaria indoamericana” (Hernández Arregui, 1972, p. 175), pues el conquistador portaba un “ímpetu civilizador” (Hernández Arregui, 2005, p.245) al que el autor califica como un motor de transformación en América.

Desde esta perspectiva, el autor reconoce en la colonización una intención de civilizar que, sin embargo, no se trató estrictamente de una “cruzada religiosa, sino una caudalosa empresa capitalista” (1972, p. 42). Esta interpretación dialoga con la rectificación de la Leyenda Negra, la cual, según el autor, encubrió los verdaderos intereses de la expansión imperial: “España católica del siglo XVI disfraizó, como siempre acontece en las guerras de dominio, la naciente ética del capitalismo de misión civilizadora” (1972, p. 43).

El autor también reconoce la violencia y el despojo económico acontecidos en el periodo colonial, los cuales coexistieron con sus objetivos religiosos: “Esta duplicidad, la defensa religiosa del indio y su despojo económico, tipifica la vida colonial con la explotación en masa de los vencidos bajo la cruz del misionero, que fue la funda sagrada del arcabuz a pólvora santificado por el bautismo” (Hernández Arregui, 1972, p. 43). De esta manera, la legitimación religiosa de la conquista, fundada en su supuesto objetivo misional, funcionó como justificación del sometimiento económico. Hernández Arregui resume esta perspectiva al destacar que la conquista combinó una dimensión militar con un propósito religioso (1972, p. 43), entrelazando el ímpetu civilizador y el sentido de misión con la violencia y la explotación económica.

Por otra parte, el autor observa las contradicciones de las Leyes de Indias, que, a pesar de presentarse como un valioso cuerpo de legislación social, no fueron efectivamente puestas en práctica: “Este espíritu dúplice de la colonización en América subsiste en la recopilación de las Leyes de Indias, elevado cuerpo de legislación social, cuyo inconveniente con relación a los indios fue que no se cumplió nunca” (Hernández Arregui, 1972, p.43). De este modo, señala la tensión entre los principios normativos de protección hacia los indígenas y su explotación en la práctica, lo que lo lleva a cuestionar la exaltación de dichas leyes.

Sin embargo, el autor valora la esclavitud y la servidumbre indígena bajo dominio español como relativamente menos severas en comparación con la crueldad ejercida por los colonizadores holandeses e ingleses, cuyo trato hacia los pueblos indígenas considera aún más brutal (Hernández Arregui, 1972, p. 44). Esta comparación, característica de los recursos empleados en la rectificación de la Leyenda Negra, es incorporada como parte de su argumentación. Al contraponer la colonización española con otros procesos coloniales, especialmente el anglosajón, busca relativizar la representación de la conquista española como un caso excepcional de violencia, tal como sostiene la Leyenda Negra.

Por último, Hernández Arregui cuestiona la interpretación sostenida por la historiografía liberal argentina, que presenta a América como una mera colonia española. En oposición a esta perspectiva, sostiene que la Corona consideraba estos territorios como provincias integrantes del reino (1972, p. 39). No obstante, aclara que, si bien desde el punto de vista jurídico y político no se trataba de colonias, en los últimos años del dominio español —ya en decadencia— las relaciones económicas adquirieron características coloniales de hecho (Hernández Arregui, 1972, p. 58). En una línea similar a la de Hernández Arregui, Ramos (2006, p.108), introduce el concepto de “Imperio hispano-criollo” para referirse a una entidad política y cultural que incluía a la propia España.

Por su parte, Ramos sitúa la conquista y colonización en el contexto de la expansión del capitalismo europeo, lo que, a su entender, permite analizar el proceso con mayor objetividad: “El juicio objetivo que merecen los métodos de colonización española en América debe incluirse en todo el proceso sangriento de expansión del capitalismo moderno en el mundo colonial, cuyo centro fue justamente Inglaterra” (2006, p. 82). En este marco, contextualiza la violencia ejercida durante la conquista, describiendo a los conquistadores como figuras violentas y traicioneras. Señala, además, que personajes como Francisco Pizarro, Diego de Almagro o Lope de Aguirre y otros conquistadores “no diferían de los conquistadores ingleses, holandeses y franceses de su época” (Ramos, 2006, p. 61). En consonancia con lo planteado por Hernández Arregui, el autor recurre así a un recurso propio de la revisión de la Leyenda Negra: la comparación del caso español con otros procesos coloniales europeos, situando dicha violencia en el marco de la expansión capitalista. Así, argumenta que la violencia y la explotación fueron características comunes en el colonialismo impulsado por las potencias europeas.

Ramos afirma que la conquista se legitimó a través del Requerimiento, un mecanismo que, según su perspectiva, articulaba formalismo jurídico, violencia y justificación religiosa. Este discurso, leído ante los pueblos indígenas, buscaba imponer el vasallaje y la fe cristiana bajo la amenaza de uso de la fuerza. Según el autor, “este discurso llamábase ‘requerimiento’ [...] quedaban notificados, por una lengua que no comprendían, que serían obligados a ceder a golpes de espada” (Ramos, 2006, p. 72). De este modo, aclara que dicho Requerimiento era leído en un idioma incomprensible para los indígenas, lo que lo convertía en una formalidad carente de sentido.

Ramos extiende su crítica al sistema colonial mediante el análisis de instituciones como la encomienda y la mita, las cuales —aunque en el plano normativo buscaban proteger a los indígenas y sus familias—, en la práctica implicaban su explotación. Según el autor, estos mecanismos constituían formas de esclavización encubierta tanto de los pueblos originarios como de los africanos sometidos. Así lo expresa: “Los tres siglos de dominación colonial española, salvo las alteraciones de la política borbónica a fines del siglo XVIII, se fundan en la encomienda y en la mita, esto es, en la esclavización virtual del indio americano, allí donde podía ser sometido, y de los negros africanos” (Ramos, 2006, p. 74).

En síntesis, ambos autores reconocen la violencia ejercida durante la conquista y la explotación económica, pero señalan que estas coexistieron con un proceso de nacionalización del continente impulsado por la conquista y consolidado por el centralismo de la Corona española, lo que permitió articular una unidad cultural en territorios previamente fragmentados. En su argumento, retoman ciertos recursos de la rectificación de la Leyenda Negra: relativizan la violencia del dominio español al situarla en el contexto de la expansión capitalista europea y valoran el carácter integrador del legado hispánico. En este marco, el mestizaje aparece como un elemento distintivo de Hispanoamérica, donde el legado español —transformado por las condiciones locales y el contacto con las culturas originarias— actúa como eje estructurador.

De la unidad a la fragmentación: lectura hispanoamericanista de las independencias

Los autores analizan críticamente las causas del proceso de emancipación americana desde una perspectiva hispanoamericanista, considerando tanto las contradicciones internas del sistema colonial como los factores externos que condicionaron su desarrollo. Hernández Arregui sostiene que el rígido centralismo español, que limitaba el desarrollo económico de las colonias, generó tensiones entre los funcionarios peninsulares —defensores del monopolio comercial— y los sectores criollos que aspiraban a una mayor autonomía económica. Según el autor, se configuraba una “contradicción entre la burocracia comercial de funcionarios españoles monopolistas y aquellos grupos criollos [...] que centraban su progreso de clase ascendente en el desarrollo interno de las propias colonias” (Hernández Arregui, 1972, p. 41). Posteriormente, la flexibilización del monopolio comercial por parte de España terminó por acelerar el colapso del imperio en América, al no poder satisfacer las crecientes aspiraciones económicas de los grupos criollos (Hernández Arregui, 2005, p. 247). Asimismo, el autor destaca que la emancipación fue también resultado de un cambio en el equilibrio de poder en Europa, en el cual España había perdido peso (Hernández Arregui, 1972, p. 62).

Hernández Arregui sostiene que los movimientos emancipadores en América mantuvieron, en un primer momento, una actitud de lealtad hacia las instituciones españolas, sin romper de forma inmediata con la metrópoli. La crisis provocada por la ocupación napoleónica dio lugar a movimientos revolucionarios simultáneos en ciudades como México, La Paz, Buenos Aires, Bogotá y Santiago de Chile (1972, p. 63). En ese contexto, las juntas provisionales de gobierno formadas en distintas regiones del continente se inspiraron en las juntas populares establecidas en España tras la acefalía de la Corona (Hernández Arregui, 2011, p. 83).

En este sentido, el autor interpreta que la creación de las juntas en representación del poder español evidencia una continuidad entre los procesos peninsular y americano, y, por otro lado, también cuestiona el carácter antiespañol y separatista con el que tradicionalmente se han explicado las independencias. Matizando la interpretación tradicional que atribuye a los movimientos emancipadores un marcado sentimiento antiespañol, Hernández Arregui afirma que la ruptura no fue con la “España eterna” —es decir, con el legado cultural de la nación española—, sino con la España absolutista de su tiempo (Hernández Arregui, 2005, p. 247).

Por otra parte, señala que el impulso hacia la independencia no respondió a una voluntad generalizada, sino al interés de una minoría criolla adinerada que aspiraba a ampliar su poder político y económico (Hernández Arregui, 2011, p. 86). Añade que el descontento con el sistema colonial —especialmente en lo relativo a las restricciones comerciales y al control político ejercido por la metrópoli— no constituía un sentimiento extendido en toda la población, sino que se manifestaba con mayor intensidad entre los estratos más altos. Entiende que las ideas emancipadoras encontraron mayor eco en ciudades fuertemente conectadas con el comercio ultramarino, como Caracas y Buenos Aires, que eran más receptivas a las ideas de independencia. No obstante, estas ideas separatistas enfrentaron resistencias en las regiones más aisladas y menos vinculadas al comercio exterior (Hernández Arregui, 1972, p. 68).

Hernández Arregui señala que los sectores populares tendían a favorecer la unidad americana y que las tendencias autonomistas iban en contra del sentir general: “[...] este modo de concebir la realidad americana era por lógica interior antiseparatista y los autonomismos nacionales nada afines al espíritu de los pueblos” (1972, p. 73). El autor destaca la complejidad del proceso independentista, señalando que la población indígena y mestiza mantuvo en gran medida su lealtad a España, percibiendo a los defensores de la emancipación como adversarios (Hernández Arregui, 1972, p. 51). Esta diversidad de posturas se reflejó también en otros grupos sociales: mientras algunos españoles con intereses alineados a los de los criollos apoyaron el proceso independentista, otros criollos vinculados al comercio con la metrópoli se mostraron contrarios a la ruptura con España (Hernández Arregui, 1972, p. 68).

Coincidiendo con Hernández Arregui, Ramos resalta la conexión entre los procesos de independencia en América y los acontecimientos ocurridos en España. De este modo refuerza la idea de que las independencias no fueron movimientos antiespañoles, sino una lucha contra el absolutismo, protagonizada tanto por americanos como por españoles. El autor interpreta las revoluciones americanas como una prolongación de las disputas internas de la península entre liberales y absolutistas, y sostiene que los americanos no combatieron exclusivamente contra España, sino que lucharon junto a los liberales españoles contra el régimen absolutista. Así, evidencia que el conflicto no puede reducirse a una oposición entre españoles y americanos, sino que debe entenderse como una confrontación entre dos proyectos políticos enfrentados a ambos lados del Atlántico:

El levantamiento revolucionario en toda América no fue sino la prolongación en el Nuevo Mundo de la conmoción nacional de la vieja España que pugnaba por remozarse. Nuestra Revolución de Mayo, que adquiere casi simultáneamente un carácter continental no fue un levantamiento contra España. ¡Dos Españas había y luchamos con una de ellas contra la otra! No fue para desasirnos de España que Mayo nació sino para liberarnos juntos del yugo absolutista. Americanos y españoles combatieron mezclados en los dos campos. (Ramos, 2006b, pp.24 y 25)

Ramos destaca que las Juntas americanas, inicialmente leales a Fernando VII, se formaron en las principales ciudades de los virreinos (2006, p. 123). Sin embargo, esa lealtad inicial pronto se vio debilitada por el rechazo de los sectores liberales españoles a reconocer la plena igualdad de las provincias americanas, y, posteriormente, por la restauración del absolutismo con el retorno de Fernando VII. Estos factores, según entiende el autor, consolidaron la independencia como única alternativa viable para los sectores americanos (Ramos, 2006, p. 124).

El autor profundiza su análisis al afirmar que la disolución del “Imperio hispano-criollo” debe comprenderse tanto como una guerra nacional como una guerra civil (Ramos, 2006, p. 127). En tanto guerra civil, enfrentó a distintos grupos dentro de la propia sociedad americana: por un lado, las élites criollas que aspiraban a su propio enriquecimiento desligándose de España y alineándose con Inglaterra; por otro, sectores que defendían la unidad del mundo hispanoamericano. Como expresa Ramos:

[...] brotaban en América los intereses regionales de las clases privilegiadas criollas, exportadoras y terratenientes, que, vinculadas por lo general con el Imperio británico, sólo pensaban en romper con España para enriquecerse sin trabas. Un puñado de patriotas encabezaba en todas partes, sin embargo, la idea nacional hispanoamericana, comenzaba a levantar ejércitos y a propagar la revolución. (2006, p.127)

En este sentido, Ramos destaca que existieron proyectos integradores impulsados por líderes independentistas de distintas regiones que defendían la unidad nacional hispanoamericana, aunque enfrentaron obstáculos que impidieron concretarlos.

Al iniciarse la revolución todos los grandes jefes llevan en su cabeza el proyecto nacional. Egaña en Chile, Bolívar en la Gran Colombia. Artigas, Monteagudo, San Martín y el deán Funes en las

Provincias Unidas, Morazán en Centroamérica. Los iniciadores, por lo demás, son hijos del siglo que presencia el movimiento de las nacionalidades. Las dificultades, sin embargo, superaron todo lo previsible. (Ramos, 2006, p. 138)

Además de su dimensión de guerra civil, el proceso independentista adquirió también el carácter de guerra nacional al romper definitivamente con España y dar paso a la formación de Estados independientes. Sin embargo, esta ruptura condujo a la fragmentación territorial de Hispanoamérica, debilitando al continente frente a la influencia de potencias extranjeras. El autor señala que, al fracasar la posibilidad de una unidad nacional con España, la independencia terminó fragmentando el espacio hispanoamericano, ya que “al no poder hacer la unidad nacional con España, debió lograr la independencia contra ella. Tan débil como era, con la independencia se quebró la unidad. En lugar de una sola y fuerte soberanía obtuvo el grotesco triunfo de elevar dos docenas de provincias a la categoría de ‘Naciones’” (Ramos, 2006, p. 129). Esa división fue aprovechada por las élites criollas que consolidaron su poder en las nuevas repúblicas mediante alianzas con el Imperio británico (Ramos, 2006, p. 127).

Por último, Ramos caracteriza a las guerras de independencia como una guerra popular, ya que expresaron luchas de clases protagonizadas por las masas indígenas, mestizas y negras. Estos sectores buscaban impedir el restablecimiento del absolutismo en América y preservar la unidad del sistema virreinal a través de una Confederación de Estados (Ramos, 2006, p. 136).

El análisis expuesto muestra que Hernández Arregui y Ramos coinciden en señalar la influencia de la crisis española —especialmente la invasión napoleónica y el enfrentamiento entre liberales y absolutistas— en el desencadenamiento de los procesos emancipadores en América. Esto establece una estrecha conexión entre las revoluciones en España y en el continente americano.

Hernández Arregui, por su parte, se enfoca en las contradicciones internas del sistema colonial, particularmente en las tensiones entre funcionarios monopolistas españoles y sectores criollos que aspiraban a mayor autonomía económica. Ramos, a su vez, enriquece este análisis al caracterizar la independencia como un fenómeno de doble naturaleza: una guerra civil entre grupos con intereses opuestos dentro de la sociedad americana y, al mismo tiempo, una guerra nacional que implicó la ruptura definitiva con España.

Ambos autores concuerdan en que la lucha no fue principalmente contra España como nación o tradición cultural, sino contra el absolutismo y el centralismo que obstaculizaban el desarrollo de las colonias. Destacan que la ruptura con la metrópoli no fue inmediata ni unánime, y que las independencias no implicaron una desvinculación con la identidad hispánica. Finalmente, su lectura comprende la dimensión continental del proceso, resaltando la simultaneidad de los movimientos en distintas regiones de América y los proyectos de unidad que surgieron en ese contexto.

Consideraciones finales

Este artículo ha examinado cómo Hernández Arregui y Ramos construyen una revisión historiográfica que busca recuperar, en el pasado hispánico, un fundamento histórico y cultural para configurar la identidad hispanoamericana, capaz de superar las divisiones políticas y geográficas surgidas tras las independencias. Ambos autores critican a la historiografía liberal por desvincular la identidad de su raíz cultural hispánica, por acentuar las particularidades locales y fomentar el aislamiento entre las naciones. Esta interpretación, según los autores, fue funcional a los intereses de las oligarquías locales y del imperialismo británico, y contribuyó a la difusión de la Leyenda Negra.

Los autores analizados cuestionan tanto la deslegitimación de la herencia española promovida por la Leyenda Negra como la visión idealizada sostenida por la Leyenda Rosa. En cambio, desarrollan una interpretación de la conquista que revisa críticamente el discurso de la Leyenda Negra y establece un diálogo con los recursos empleados en su rectificación. Sus lecturas integran ciertos recursos propios de la rectificación de la Leyenda Negra: relativizan la violencia del dominio español al compararla con las prácticas de las potencias anglosajonas, y la enmarcan en el contexto más amplio de la expansión capitalista europea. También cuestionan la naturaleza de la relación entre España y América, sustituyendo la dicotomía metrópoli-colonia por categorías como “Imperio Hispano-Criollo” (Ramos) o “provincias del reino” (Hernández Arregui).

Finalmente, reivindican la unidad territorial, administrativa y cultural como legado del periodo español, ya que —sostienen— permitió la cohesión continental. Particularmente, Hernández Arregui afirma que la

identidad hispanoamericana se formó a partir del mestizaje, con el denominado núcleo cultural español como eje estructurador. Este fue trasladado a América y transformado por las condiciones locales, en un proceso que resignificó las instituciones y cualidades hispánicas, dando lugar a una cultura singular, diferenciada tanto de la europea como de la originaria.

La revisión historiográfica realizada por estos autores postula el legado hispánico como pilar fundamental de una identidad cultural compartida en Hispanoamérica. Al revalorizar la unidad territorial, administrativa y lingüística consolidada durante el periodo colonial como fundamento de la cohesión continental, esta visión contribuye al proyecto de fortalecer la identidad hispanoamericana e impulsar la integración, con el objetivo de superar la subordinación cultural y económica. Además, su visión hispanoamericanista de las independencias recupera los lazos culturales españoles como fuente de unidad subcontinental al señalar que el proceso no implicó una ruptura con la identidad hispánica y al comprender su dimensión continental.

Esta perspectiva busca apuntalar la percepción de unidad cultural y territorial. Los autores proponen la adopción de un nacionalismo iberoamericano que valore la cultura e historia compartidas y favorezca la resistencia al imperialismo. En este marco, consideran fundamental desarrollar una conciencia histórica —a partir de la revisión historiográfica— para superar las distorsiones que, a su entender, han dificultado la construcción de una identidad cultural e histórica común en Hispanoamérica. Esta relectura crítica del pasado hispánico se concibe como una herramienta para fortalecer dicha conciencia compartida, recuperar los lazos culturales hispanoamericanos y, desde allí, proyectar un horizonte de integración regional.

Referencias bibliográficas

- Caruso, V. A. (2021). Hernández Arregui y la invención de una historiografía para la izquierda peronista. *História da Historiografia: International Journal of Theory and History of Historiography*, 14(35), 199–224.
- Fiebelkorn, A. (2013). *Una aproximación historiográfica a la obra de Jorge Abelardo Ramos*. En XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Universidad Nacional de Cuyo.
- Galasso, N. (2012). *Juan José Hernández Arregui: Del peronismo al socialismo*. Colihue.
- Hernández Arregui, J. J. (1970). *La formación de la conciencia nacional*. Ediciones Hachea.
- Hernández Arregui, J. J. (1972). *¿Qué es el ser nacional? La conciencia histórica iberoamericana*. Ediciones Hachea.
- Hernández Arregui, J. J. (2005). *Imperialismo y cultura*. Continente.
- Hernández Arregui, J. J. (2011). *Nacionalismo y liberación*. Continente.
- Liaudat, S. (2024). Ni leyenda negra ni leyenda rosa: La posición nacional latinoamericana. *Dar a Leer. Revista de Educación Literaria, Dossier Filosofía de la Liberación*, 163–172. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/172900>
- Maíz, C. (2003). *Imperialismo y cultura de la resistencia: Los ensayos de Manuel Ugarte*. Ferreyra Editor.
- Pestanha, F., & Bonforti, E. (2014). *Introducción al pensamiento nacional*. EDUNLa.
- Piñeiro Iñiguez, C. (2013). *Hernández Arregui: Una interpretación marxista del peronismo*. Continente.
- Ramos, J. A. (1982). *Adiós al coronel*. Mar Dulce.
- Ramos, J. A. (2006a). *Historia de la Nación Latinoamericana*. Senado de la Nación.
- Ramos, J. A. (2006b). *Revolución y contrarrevolución en la Argentina: Las masas y las lanzas*. Senado de la Nación.
- Ramos, J. A. (2023). *Introducción a la América criolla*. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. <https://www.cancilleria.gob.ar/es/iniciativas/instituto-del-servicio-externo-de-la-nacion/publicaciones/introduccion-la-america-criolla>
- Roland, E. (2016). *Intelectuales y política: Hernández Arregui y la formación de una izquierda argentina* [Tesis de licenciatura, Universidad Nacional de Córdoba]. CEDINPE. <https://cedinpe.unsam.edu.ar/content/roland-ernesto-intelectuales-y-politica-hernandez-arregui-y-la-formacion-de-una-izquierda>
- Sánchez, M. (2017). La cultura popular hispanoamericana y la disputa por la integración continental en Jorge Abelardo Ramos y Juan José Hernández Arregui. En M. Ighina (Coord.), *El otro lado de lo dicho* (pp. 163–175). Soluciones Gráficas.
- Sannen Mazzucco, L. (2017). *Hernández Arregui en (y para) la sociología argentina: Controversias en torno de la nueva izquierda y el pensamiento nacional* [Tesis de grado, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación]. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1471/te.1471.pdf>
- Sepúlveda, I. (2005). *El sueño de la madre patria: Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Marcial Pons–Ediciones de Historia.
- Tcherkaski Legrand, T. (2011). *Jorge Abelardo Ramos: Entre la teoría y la praxis (1940–1970)* [Tesis de licenciatura, Universidad Torcuato Di Tella].

Sobre la autora

Micaela Sánchez es Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba. Se especializó en Pensamiento Nacional y Latinoamericano en la Universidad Nacional de Lanús. Actualmente es becaria doctoral del CONICET en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Su proyecto de investigación se titula “América Latina como problema argentino a principios del siglo XX: los casos de Manuel Ugarte, Ricardo Rojas y Manuel Gálvez (1910-1924)”. Además, integra el equipo de investigación “Élites y contraélites en la historia contemporánea de América Latina”, radicado en el mismo centro. Sus líneas de trabajo se centran en el americanismo y el hispanoamericanismo en intelectuales argentinos del siglo XX.

Cómo citar: Sánchez, M. (2026). Revisión histórica para la construcción de la identidad hispanoamericana en el pensamiento de Juan José Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos.

Allá Ité. Territorio y cultura en América, 1(1), 1-13. <https://doi.org/10.18294/allaite.2026.6091>

Recibido: 24/07/2025

Aceptado: 28/10/2025

Publicado: 06/02/2026

